

Fernando Herrera García

1987. Es estudiante de la maestría en estudios de literatura mexicana en la Universidad de Guadalajara y licenciado en Comunicación por la Universidad Iberoamericana. En 2008 escribió para el semanal 8/80 de la ciudad de México y en 2009 y 2010 fue asistente personal del Dr. Jorge Manzano en la revista Xipetotek. Sus trabajos de investigación se han centrado en la novela mexicana de los siglos XX y XXI y en el análisis de la fotografía, y han sido presentados en la Universidad de Lublin, Polonia; la UNAM y la UMSNH. Actualmente trabaja en su primera novela, que se desarrolla a partir del descubrimiento de un álbum familiar.

Marcha fúnebre

La casa de Efraín era tan oscura que apenas debía guiarme por el sonido de los pasos del licenciado Granados. Ni siquiera una luz tenue, un foco por la minúscula cocina, nada. Yo evitaba hacer cualquier tipo de comentario hasta que fuera él quien me sacara de la inquietud que me producían la oscuridad y sus exhalaciones entrecortadas. Granados era asmático. Lo supe porque, cerca de las escaleras que nos conducirían a la habitación del difunto, lo escuché inhalar con la fuerza de un tubo. Seguimos caminando algunos metros más. El camino me pareció de veras largo. Al filo de una puerta, dejé de escuchar sus pasos secamente. Volví a escuchar el ritmo de su respiración, notablemente más templada luego de aquella dosis, y luego de un silencio incómodo comprendí que el tipo no hablaría, así que me decidí a entrar.

Lo primero que advertí fue la ligera peste que emanaba del cadáver. Era un olor no tan fétido, pero podría decirse que avinagrado; diría que el olor era un poco como la col conservada en vinagre que preparaba Tomás en la cantina que tuvo a bien llamar “Los Perros”. Granados permaneció bajo el dintel de la puerta. Su sombra permanecía expectante. Luego dijo: <<Pásale, no muerde>>.

Aunque poco podía ver, sentía los ojos de Efraín sobre mi cuerpo, atrayéndome hacia él. Me pregunté cómo es que un muerto podía tirar con tanta fuerza de un vivo. Y de un vivo como yo, todavía correoso. Estuve tentado a maldecirlo para amainar sus ansias de arrastrarme junto con él –a los muertos, decía mi abuela, hay que alejarlos a mentadas de madre–, pero me abstuve. Al final me armé de valor y me conforté diciéndome: <<Tan pronto como hagas las cosas saldrás de aquí>>. Supuse que entre más rápido dijera <<Sí, es él>> o <<No, ese no es Efraín>>, más rápido me iría a beber a la cantina, donde ya me esperaba, como era costumbre, un buen trago y una buena puta.

El licenciado me abrió paso y me acerqué. Lo vi llevarse la mano al cinturón y desfundar una linterna. El movimiento de su mano me recordó aquellas noches en las que, ya entrado en copas, me sacaba la picha para mostrársela a Gabriela o a cualquier otra puta. El licenciado encendió la linterna. Antes de dirigirla hacia el cadáver, mientras sostenía en su boca un cigarrillo sin arder, me dirigí a él y le supliqué que mantuviera la luz como estaba, no la necesitaría. <<Como quieras, monigote, pero mira bien>>, dijo.

Un rayo incesante golpeaba el flanco izquierdo de sus costillas. Era la luz de afuera, del alumbrado público que bañaba ligeramente su costado y que penetraba sin concesión a través de la cortina traslúcida de su habitación. La luz también barnizaba sus piernas secas y enjutas, todavía desnudas, similares a dos tallos de flor leñosos. Con la vista me resolví a recorrer de manera

ascendente el trazo de esa luz, que me guió hasta su sien, y que estaba no sé si ligera, pero al menos sutilmente ensangrentada. Pasé de admirar el pequeño orificio hecho por la bala hasta descansar mi vista en sus ojos, que aún permanecían abiertos y dejaban relucir ese color profundo que tiene el iris de los hombres. No sé cómo hice, pero pude moverme hacia las pestañas y enseguida a los párpados. Luego su nariz, su boca entreabierta, exhibiendo unos bellos descompuestos que hacía años no veía moverse. Algún gesto debió escapárseme, porque con una voz llana el licenciado Granados dijo, sabiendo que lo había reconocido: <<¿Le conoces algún familiar?>>.

Cómo explicarle que aquel suicida estaba solo en el mundo y que apenas lo recordaba como se recuerda un retrato viejo, visto hace veinte años. Pero cómo negar que era él, el mismo Efraín García que abanderaba lunes a lunes la escolta de nuestra escuela primaria. <<¿Algún familiar de...>>, repitió. Y así, como quien ve con resignación su destino, por fin me resolví a articular la frase y solté: <<No tiene a nadie>>.

Aquella noche no pude sino intentar recordarlo a cada momento. Sentado sobre una incómoda silla en serie del Servicio Médico Forense, traté de reconstruir primero su rostro, luego sus manos, su cabello, para por último vestirlo con aquel saco azul marino que distinguía al abanderado del resto de nosotros. También recordé sus ojos negros. Me había parecido ver en ellos el reflejo de los movimientos acompasados por el triste sonido de la banda de guerra que presidía Arturo Revueltas, de cuarto grado, quien luego de ver caer los cansados, pero siempre estoicos brazos, se disponía a liderar con la fuerza de medio vaso de leche los instrumentos que marcarían el paso de la escolta.

<<Tómese un café, amigo, el Lic. está por salir>>, me dijo uno de los policías que hacían guardia aquella noche. <<Gracias>>, repliqué con reservas, y por un momento me sentí arrepentido de haber respondido por el cuerpo de Efraín. ¿Qué más daba ahora, ya muerto, que alguien se sirviera de reconocerlo? ¿Qué más daba encontrarle un lugar para su eterno descanso? Aquel era tal o cual, ése era aquél, y aquél éste. Finalmente sus restos terminarían en el panteón de nuestra ciudad, irremediablemente próximos a los de algún otro muerto. Por fin tan cerca de alguien, tan cerca que a mí me daba grima pensarlo.

Durante el tiempo que permanecí estático en aquella sala, también di gracias a dios, si es que lo había, de al menos tener a Gabriela, esa mujer tan buena que, aunque puta, siempre estaba pendiente de mí. Imploré al cielo que Gabriela no se me muriera nunca, o no al menos antes que yo, porque entonces no dudaría en volarme la cabeza como había hecho Efraín.

Desde el fondo del largo pasillo emergió por fin el licenciado Granados, firme

y sereno para decirme, con cierto júbilo en sus ojos, que la autopsia estaba a pocos minutos de terminar. Y en un tono evidentemente sarcástico y ensayado apuntó: <<Fue todo un éxito>>.

El licenciado tomó asiento junto a mí, en la silla contigua en la que no quise sentarme porque estaba un poco sucio el respaldo, y tiró la cabeza hacia atrás. Volvió a hacer otro mal chiste respecto a mi olor, y luego se ocupó de interrogarme. De dónde lo conocía, cuándo había sido la última vez que le había visto con vida, de qué diablos vivía un tipo como yo. Le dije lo que yo sabía. Que hacía veinte años que no veía a ese muchacho. Que la última vez que lo había visto había sido en la escuela primaria, llevando casi a cuestas la bandera de México, desfilando en el patio. <<Así que de la escolta>>, murmuró, <<mira nomás>>. Yo trataba de no vacilar al responderle. En más de alguna ocasión había escuchado en la cantina que los *chivos* eran bien pagados, y que los federales no dudaban en refundir al que se dejara ver la cara de pendejo para incriminarlo por algún delito que fuera más o menos de acuerdo al sapo.

Durante aquellos minutos pude percatarme de que Granados tenía uno de los incisivos de plata, y pasó por mi mente preguntarle cómo lo había perdido, pero no iba a ser tan imbécil como para proceder, así que apagué mi curiosidad.

Cuando pensaba que habíamos llegado a lo último de nuestra conversación, Granados me lanzó una pregunta medular que, de no habérmela hecho, yo no me habría tomado la molestia de explicar. Si estaba claro que Efraín no era mi amigo, o que al menos yo nunca tuve un interés particular en ser su amigo, ¿por qué la correspondencia? ¿Por qué las *cartitas*? Le expliqué que un buen día, al llegar a casa luego de un poco de libertinaje en la cantina, descubrí debajo de la puerta una carta. Desde luego me pareció raro, quién escribe cartas hoy en día. Sin embargo la abrí y me dispuse a leerla. Era de Efraín. Bien recuerdo que comenzaba con un <<¿Te acuerdas de mí?>>, <<Soy yo, Efraín, el de la escolta>>. Tuve que echar a andar la cabeza para recordar quién diablos era. <<El abanderado>>, me dije. ¿Y qué chingados quería? A Efraín lo recordaba como un tipo ensimismado, medio ajeno. Medio autista, ciertamente. Me pregunté cómo había dado con mi dirección. Más de quince años de no saber de él como para que un buen día, de repente, tuviera mi dirección y se diera el lujo de mandarme una carta. <<¿Cómo has estado?>>, decía. <<¿Cómo va tu vida?>>. ¿Cómo iba mi vida? A quién chingados le importaba cómo iba mi vida. Para esas preguntitas ya tenía yo a las putas que regentaba Tomás, me dije. Señaló algo así como que últimamente había estado muy reflexivo sobre aquella etapa de su vida, sobre aquellos años en la escolta. No estoy seguro si en esa primera carta mencionó el asunto de los militares. ¿Había probado suerte y lo habían rechazado de la academia? No recuerdo bien, pero en alguna de las misivas venideras lo mencionó. No le di mucha importancia a esa primera carta. Creí que, si ignoraba aquel arranque,

frenaría por completo su ímpetu. Pero no fue así. Con todo y el desenfado con el que me había tomado el asunto, dos semanas después volví a encontrarme con otro sobre bajo la puerta. Así que cambié la estrategia y me decidí a responderle una carta, después de todo no era yo tan miserable como para no responderle alguna de cuando en cuando.

A Granados pareció convencerle mi respuesta. Era obvio que había dicho las cosas tal cual las recordaba. Desde luego la falta de detalles era producto de la falta de interés en el asunto. Lo recordaba tal y como se recuerda un evento sin importancia y añejado. Granados, mostrándose confidente, me reveló que, en efecto, Efraín no tenía a nadie. Aquella mañana, cuando los vecinos escucharon un disparo, había acudido a la casa del ahora difunto, y al inspeccionar su predio y no encontrar referencia alguna salvo mi dirección, escrita en una de las cartas que me serví escribir, no quedó de otra que salir a buscarme para reconocer el cadáver.

Luego de terminar su cuestionario, cuando al fin estuvo convencido de estar frente a un muerto de hambre, me ofreció un café. En vez de eso, me tomé la libertad de pedirle un té de manzanilla. Me dijo puto, pero al final me lo trajo. Bebimos un rato en silencio. Cuando terminó de beber retomó su manera de ser y permaneció diciendo al aire algunas otras cosas, como que aquel era su trabajo, reconocer *muertitos*, que se vivía de *pocamadre*, que era una lástima queuviéramos que despedirnos ahora pero que él debía irse. <<La noche es joven>>, dijo.

Cuando me disponía a marcharme junto con él, me detuvo. Me miró a los ojos y me dijo que, si el cuerpo no iba a quedarse en la fosa común, iba siendo momento de escoger una cajita para el difunto. ¿O acaso iba a ser tan hijo de puta como para dejarlo con *Hulk* –deduje que algún cadáver, allá dentro, se había descompuesto hasta volverse verdoso– y sus amigos? <<Era tu *compa*, qué no>>, dijo retador. <<Agárrate los huevos. Siéntete los huevos –Granados se llevó la mano derecha a los genitales–. ¿Vas a dejarlo ahí? A mí no me dejes tus pinches cagadas, y si vas a hacerlo dime de una buena vez, cabrón>>. <<Por supuesto que no>>, respondí. <<Por supuesto que no>>, remedió en un tono irónico. Se dio media vuelta y me dijo que tenía un par de horas para volver. En qué putas me había metido de repente. Vaya si era un pendejo. Pero, sin dar indicio de arrepentimiento, me retiré prometiendo que volvería tan pronto como consiguiera el dinero para los gastos del sepelio. Necesitaba unos cuatro mil pesos, según Granados. Al cerrar la conversación decidí que no era momento de pensar más en lo estúpido que había sido, y atravesé la oscura calle que nos dividía de una funeraria austera, sencilla.

Afuera las calles estaban solas, como debían estarlo. Hacía tiempo que nadie –salvo algunas camionetas polarizadas que circulaban infringiendo libremente el reglamento de tránsito– acostumbraba a peregrinar entrada la

noche. Yo no había perdido la costumbre, a pesar de que en algunas ocasiones los conductores se habían tomado la molestia de descender para propinarme uno que otro trompazo.

Lo primero que vi al entrar fue un letrero que anunciaba que el negocio era atendido por su propietario. Luego vi un rótulo hecho con luces de neón en el que dejaba leerse <<24 horas>>, y en el que el número cuatro prendía y se apagaba discontinuamente.

Se acercó un hombre adulto, sexagenario. El detalle sórdido no era su dentadura, sino los nódulos en su frente. Como era de esperarse, el viejo permaneció en silencio: iba a esperar a que fuera yo el que hablara.

Permanecí mirando los ataúdes y los féretros, recorriendo unos y otros con la vista, contemplando las complejas dimensiones en las que terminaría, con suerte, el cuerpo de Efraín García, e imaginando, asimismo, el tipo de ritual que le hubiera gustado recibir al momento de su muerte.

Sin pensarlo demasiado, me decidí por un féretro color negro. Con mis ojos, achispados, plisé la bandera de México sobre este, de manera que cobijaba el ancho y el largo del mismo. Fuera de casa, luego de atravesar el largo, silencioso y oscuro pasillo, las tropas lo habrían encontrado conformadas en una línea donde le rendirían los respectivos honores, incorporándose luego al cortejo, interpretando la *Marcha Dragona* durante el trayecto a la ceremonia religiosa. En el acto estaría acompañado por los centinelas enlutados que se relevarían, sin cesar, unos a otros cada diez minutos. Y en el momento en que su alma emprendiera el ascenso, si así sucediera una vez benditos los restos, encontraría cientos de banderas izadas a media asta, y escucharía veintiún disparos aquí y allá, fundiéndose todos en uno solo, incesante, eterno. Y esto, más que otra cosa, lo llenaría de orgullo. Después de la ceremonia religiosa, mientras dos ayudantes escoltan el carro mortuorio hasta el cementerio con el sable al hombro, se escucharía el trote de los caballos, que elegantes portan sus caparzones negros. Arribado al cementerio, Efraín sería recibido por las tropas, quienes presentarían las armas, mientras la banda de guerra, la de Revueltas de ser posible, hace sonar *Marcha de Honor*. Entre tanto, el cuerpo de Efraín no encontraría superficie que le diera descanso. Repasemos su viacrucis: iría desde el descanso de mármol a las manos de los centinelas, de aquellas manos al carro mortuorio, del carro mortuorio al profundo agujero, y de ahí al abismo eterno que se pierde en nuestras plegarias. Pero no importaría eso ya, pues el comandante ha ordenado al corneta que toque *Silencio* frente a la fosa de Efraín. De pronto, contra mis expectativas, el viejo tomó la palabra. <<¿Puedo ayudarlo?>>, preguntó. Di un trago que me supo acibarado, y antes de que pudiera escapárseme cualquier cosa frente al tendero decidí salir, muerto de vergüenza.